

Queridos amigos, queridos compañeros, queridos Anna y Daniel:

Solo puedo expresar mi emoción y mi agradecimiento por este premio, que sin duda corona mi carrera periodística.

Para hablar de Vázquez Montalbán, permitidme que hable de Cruyff. Crecí en una época fronteriza, la que separaba a Pelé de los demás. Era una época sin internet, sin teléfonos móviles, con la televisión en blanco y negro, con una idea mitificada de los grandes jugadores. Pelé, por ejemplo, era más un mito que una realidad, un mago fabuloso procedente del más allá, es decir del otro costado del Atlántico, y del que apenas unos privilegiados, los que le habían visto en directo, tenían la certeza de sus habilidades. No fue hasta 1970 cuando Pelé se presentó ante el mundo con toda su majestad. La televisión confirmó su prodigiosa naturaleza en aquel Mundial.

Antes de que Pelé se hiciera realidad en México, solo un jugador me dio la impresión de absoluta superioridad. Desde chaval distinguí bien a los buenos, los muy buenos y los jugadores excelentes, pero la primera vez que observé a un futbolista dominante fue en el desempate de una eliminatoria Benfica-Ajax, en París. Era la primavera de 1969. En aquel partido de media tarde emergió el joven Cruyff para destrozar al Benfica y deslumbrar a Europa. Hizo todo aquello que no estaba al alcance de los demás, ni siquiera de los Beckenbauer, Charlton, Eusebio y demás estrellas de la época. Cruyff era distinto. Decidía cómo y cuándo ganar los partidos. Cruyff era el mejor.

Durante los cuatro años siguientes, ocurrieron dos cosas: el Ajax de Cruyff revolucionó el fútbol y a mi casa comenzó a llegar semanalmente la revista Triunfo. Puede que llegara antes, pero hasta entonces mi curiosidad no iba mucho más allá de las aventuras del Capitán Trueno. Escuchaba a mi hermano, 14 años mayor que yo, hablar con mi padre de un periodista ubicuo, un

francotirador certero, irónico, ingenioso y atrevido. Porque Manuel Vázquez Montalbán se atrevía con todo, y en todo resultaba distinto. Tenía el raro talento de hacer que el lector se sintiera único, que es exactamente lo que desean los lectores de sus periodistas favoritos.

A mediados de 1973, comencé a seguir casi con asombro la saga de artículos que Vázquez Montalbán dedicó al fichaje de Cruyff por el Barça, y sus consecuencias. Su punto de vista me produjo una sensación novedosa. Soy de Bilbao, hincha del Athletic, de un equipo singular, adscrito más a la tradición oral de las leyendas atlánticas que al minucioso relato que Vázquez Montalbán proponía para el Barça. Por 200 motivos diferentes, defendió el fichaje de Cruyff como un momento decisivo en la historia del Barça.

Cruyff era más que un jugador sensacional. Era la modernidad, la Europa del norte, el viento democrático, el final de una era y el principio de otra. Aquello coincidía además con las primeras señales de la agonía del dictador. Vázquez Montalbán comprendió que el Barça estaba en condiciones de acabar con su larga travesía: 13 años sin un título de Liga, un periodo de decepciones y flagelación que estaba a punto de cerrarse. Cruyff era el mesías del club que era más que un club: era el desarmado simbólico ejército de Cataluña. Para mí, apenas un adolescente, significó el descubrimiento del Barça y todo lo que significa. Se lo debo a Vázquez Montalbán. A Triunfo le debo el descubrimiento de un periodista magistral.

Dicen, y a veces se dice con mala leche, que el Barça actual es el producto del relato a medida que le hizo Manolo Vázquez Montalbán durante casi 40 años. Por lo que yo sé, no hay grandeza sin nadie que la cuente. Así que el Barça puede estar tranquilo y orgulloso, porque encontró a un excepcional relator,

capaz de interpretar al club desde todos los ángulos posibles. Y, a veces, desde alguno imposible. Por lo que a mí respecta, periodista deportivo, voy a resaltar una cualidad que suele pasar inadvertida cuando se habla de él: su aguda mirada futbolística. He conocido a muy poca gente con tanta precisión para definir al jugador de fútbol. Desde Rexach y Marcial, Cruyff, Maradona o Guardiola, sus análisis obedecían al de un profundo conocedor del fútbol, al de un hombre que llevaba el Barça y el fútbol en las venas.

A Vázquez Montalbán le gustaban los jugadores de clase y un Barça con sentido de la historia. Su elaborado relato del Barça no fue la viruta de un intelectual con afanes retóricos. Él era un hincha que venía de un Barça pegado al suelo, al suelo catalán, el de los Ramallets, Seguer, Biosca, Segarra, Gonzalvo III, Bosch, Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón. Siempre pareció que su ideal era conectar aquel equipo mítico con un Barça que olvidara sus penas, se ajustara a los nuevos tiempos y no perdiera sus raíces. Lo consiguió. Vázquez Montalbán, que despejó de volea muchos prejuicios intelectuales, convirtió lo básico –la comida, la copla y el fútbol- en sustancial, por heterodoxo que pareciera. De la misma manera, terminó por ver al Barça convertido en el más sencillo y a la vez contracultural de los equipos.

En los tiempos de la globalidad, del mercado sin fronteras, este Barça ha girado hacia un destino imprevisto: la cantera. Es decir, ha elegido lo básico. A esta particularidad, que ninguno de los otros grandes equipos de Europa se atreve a imitar, se añade un modelo de juego subversivo, alejado de los valores dominantes que han prevalecido en el fútbol durante los últimos 30 años. A veces me pregunto qué pensaría Vázquez Montalbán del deslumbrante Barça de Guardiola, el de Víctor Valdés, Alves, Piqué, Puyol, Abidal, Xavi, Busquets, Iniesta, Pedro, Messi y

Villa. Supongo que haría alguna acotación irónica y confesaría su felicidad. Al fin y al cabo, este Barça básico, pero subversivo, esencialmente catalán, trufado de ingenio y brillantez se parece a alguien: a Manolo Vázquez Montalbán.

Muchas gracias